

PERSONAJES.

ANA BOLENA, reina de Inglaterra.
ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra.
CROMWELL, ministro del rey.
ENRIQUE DE PERCY, duque de Northumberland.
LORD ROCHFORD, hermano de la reina.
JUANA SEYMOUR, é ISABEL PRESTON, damas de la reina.
JORGE SMETON, paje de la reina.
WILLIAM KINSTON, condestable de la Torre.
DUQUE DE NORFOLK, presidente del tribunal.
DOS CORTESANOS que hablan.
EL VERDUGO.
DAMAS DE LA REINA.
CORTESANO I.
SOLDADO I.

Londres, 1,536.



ACTO PRIMERO

EL BAILE.

Gran salón en el palacio de White-Hall, iluminado perfectamente; en el fondo una gran puerta vidriera que se supone dar á otro salón también iluminado, en donde se da el baile; al través de la vidriera se ven pasar algunas veces señores y señoras: se oye á lo lejos la música. En el salón que representa el teatro, hay dos mesas redondas pequeñas, á derecha é izquierda del foro: sobre las dos hay juegos de naipes; en la una un grupo de cortesanos juega; en la otra, igualmente, otro grupo de cortesanos, entre los que se halla Jorge Sméton, juega y habla alternativamente.

ESCENA I

SMETON Y CORTESANOS.

Cort. prim.—Sméton, á vos os toca Jugar; ¿pero estáis dormido?

Cort. seg.—Es que se halla aquí su cuerpo
Pero su alma, ¿eh?

(Risa maliciosa de inteligencia, entre los
cortesianos que están con Sméton.)

Sméton.—(Turbado.)

Pues, amigos,

Os engañáis, nunca ha estado

Mi corazón más tranquilo:

No pienso más que en el juego.

Cort. prim.—¿Pero en cuál juego? infinitos

Hay: unos de cartas, otros

De manos, otros... querido,

Ya me entendéis; mas cuidado,

Porque hay algunos prohibidos.

Sméton.—No os entiendo.

Cort. prim.— Vaya, Sméton:

Ese semblante encendido

Os hace traición: tres veces

La partida habéis perdido,

Porque casi no miráis

Los naipes, y de continuo

Volviendo estáis la cabeza

Hacia aquella puerta; os digo

Que sois poco diestro.

Cort. seg.— Bueno;

Si á los naipes ha perdido,

Conseguirá otras ventajas;

Pues dice un proverbio antiguo,

Que es en amores dichoso

El que en el juego...

Los Cortesianos.—(Riendo.)

Bien dicho.

Sméton.—Señores, basta de burlas,

Y si queréis divertirlos

A costa mía, os prevengo

Que no podréis conseguirlo.

Con que juguemos.

Todos.— Juguemos.

(Siguen jugando.)

Cort. terc.—(En la mesa de la izquierda.)

Pues, señores, como os digo,

Pero guardad el secreto;

Mirad que corro peligro

Si no sois discretos.

Cort. cuarto.— Vamos,

Hablad sin temor, amigo,

Y contad con la reserva.

Cort. terc.—Pues escuchad. He sabido

Que nuestro buen soberano

Se va cansando un poquito

De su adorada consorte,

Y anda asestando sus tiros

A Lady Seymour. ¡Caramba!

Tiene unos ojos divinos

La tal Juana: lo gracioso

De la historia, es que el ministro,

El astuto Cromwell, tiene

Más empeño que el rey mismo.

Cort. cuarto.—La quiere hacer una reina

A su modo.

Cort. terc.— No, querido;

Quiere vengar el ultraje

Que Ana Bolena le hizo

En público una ocasión.

Cort. cuarto.—¿Cómo?

Cort. terc.— No sé qué le dijo
De plebeyo y despreciable;
Y desde entonces, me han dicho
Que ha jurado la venganza.

Cort. cuarto.—El es un zorro maldito
Que dará al diablo lecciones.

Cort. terc.—Y como (entre nosotros sea
(dicho)

Nuestra reina Ana Bolena
Ha dado más de un motivo
Para atacarla, y se habla
De secretos favoritos,
De Sméton, Norris y Bréretón,
Y hasta de su hermano mismo;
Quién sabe si al fin.

Cort. cuarto.— Y luego

Debe pagar lo que hizo
A nuestra pasada reina,
La que gime en el retiro
De Háptill; ¡Pobre Catarina
De Aragón! Pero el castigo
Caerá sobre Ana Bolena.

Cort. terc.— ¡Oh! ¡pobre Ana! ella ha re-

(nido)
Sus faltas.

Cort. cuarto.— Si, por su causa
Han muerto ya en un suplicio
Tomás Morris y otros muchos.

Cort. terc.— Tal vez ella no ha tenido
Parte en esto; sus parientes.

Cort. cuarto.— Pero ella debió impedirlo.

Sméton.—(En la otra mesa.)

Es mía la basa.

Cort. seg.—(Jugando.)

No,

Que yo tengo al rey conmigo.

Sméton.— ¡Maldito rey! pues parece
Que con él estoy reñido.

Cort. prim.— Con la reina... de los naipes

No fuera Sméton lo mismo,

Pues de las hembras parece

Que sois muy favorecido.

Sméton.— Basta de burrias. El juego

Me va causando fastidio:

(Se levantan.)

Dejémoslo.

Todos.— Si, sí; al baile.

Cort. prim.— Mas no os enfadéis conmigo;

Ya sabéis que siempre os hablo

Como camarada antiguo

De colegio, y en verdad

Corren ciertos rumorcillos

Sobre vos y cierta dama

De un rango muy distinguido.

Sméton.— ¿Pero quién es esa dama?

Cort. prim.— ¿Y si os enfadáis?

Sméton.— Decidlo,

Por Dios, y decidlo pronto.

Cort. prim.— ¿El nombre de ella?

Sméton.— Repito

Que sí: acabad, ó dejadme.

Cort. prim.— Bien, os lo diré al oído.

(A los cortesanos.)

No os lisonjéis, señores,
De saber lo que á mi amigo
Voy á decir: es un nombre
Muy grande para decirlo
En voz alta, ni exponerlo
A vuestros sangrientos tiros:
Adivinad si queréis,
Y en malicias divertíos.

Sméton.—Acabad.

Cort. prim.— Pues bien: se llama,
Os lo diré muy bajito,
Ana, reina de Inglaterra.

Sméton.—(Furioso.)

La palabra que habéis dicho
Pide sangre, caballero.

Cort. prim.—(Riendo.)

No tal, amigo mio,
Pide amor, pide ternura,
Pide los versos divinos
De vuestro genio. Ea, vamos.
Vamos al baile, queridos.

(Se van todos los cortesanos; Sméton quiere seguirlos, y luego se contiene).

ESCENA II

SMETON.

Esperad, ... ¿Qué voy á hacer?
¡Oh! ¡maldita sea mi estrella!
Ni aun puedo morir por ella;
Callar debo y padecer.

Y es cierto que la amo, si:
Yo la idolatro, la adoro;
Su sonrisa es un tesoro,
Es el cielo para mí.

El cetro y pompa real,
¡Oh, cuánto son inferiores
De sus ojos brilladores
A la luz angelical!

Sobre su célica frente
Brilla un genio soberano:
Marcóla Dios con su mano
Para hacerla omnipotente;

Y dijo á la humanidad:
"¡Ved en el mirar divino
De esa mujer, el destino
Del justo en la eternidad!"

Y yo, misero de mí,
Que siempre estoy á su lado
Para amarla, ¡desgraciado!
Sin esperanza nací:

A ver sin cesar en ella
Un objeto sacrosanto,
Y á regar con triste llanto
De su hermoso pie la huella;

Mas su rostro encantador
Por mi mano retratado,
Siempre en mi pecho guardado,
Es mi delicia, mi amor.

(Saca un retrato que trae oculto en el pecho, y pendiente de una cadena de oro.)

Ven, ¡oh sacro talismán,
Ven y consuella mi alma,

Tu poder mágico calma
 Mi desventurado afán!
 Deja que el labio abrasado
 De un esclavo que te adora,
 En tu frente seductora...
 (Desde antes de los tres últimos versos,
 Cromwell se ha acercado con mucha
 precaución detrás de Sméton, y ha visto
 el retrato de la reina; después se retira
 con cuidado y le habla á Sméton.)

ESCENA III.

SMETON, GROMWELL.

Cromwell.—Cuidado, Sméton, cuidado.

Sméton.—(Sorprendido.)

¡Cielos! el ministro.....

Cromwell.— Y él n.

¿Por qué os sorprendéis así?

¿Contemplábais el objeto

De vuestro amor? bien, vivid.

Y amad: tal es el empleo

De la juventud feliz.

Ese es sin duda el retrato

Del hermoso serafín

Que preside vuestra suerte:

Que le mire permitid.

Sméton.—Conde de Essex, dispensadme!

(Ocultando el retrato.)

Este es mi secreto.

Cromwell.— ¿Si?

Pues guardadlo: sois discreto.

(Es tarde, que ya lo vi).

Pero la reina os buscaba;

Parece que os quiere oír

Cantar: sabéis lo que gusta

De vuestra voz: pronto id,

Que no es justo retardarle

Este placer.

Sméton.—(Tomando su sombrero.)

Permitid...

Cromwell.—Id con Dios, hermoso joven;

Sed en amores feliz.

(Váse Sméton.)

ESCENA IV.

GROMWELL.

Mancebo incauto, ya estás

En el borde y no lo ves;

Con un sólo paso más,

Horrible abismo verás

Abierto bajo tus pies.

¿Tú amas á la reina? sí;

¿Y ella te ama? tal vez no;

No importa: un retrato vi

Que es una arma para mí

Una arma que busco yo.

Reina orgullosa, insultado

En público fui por vos,

Por mi origen ignorado;

Pues bien, quedaré vengado,

Y muy pronto ; vive Dios

El plebeyo se alzará.

Este gusanillo vil,

De una reina triunfara:

Serpiente se tórnara

Este misero reptil.

Enrique llega ; ¡valor!

El apasionado está

De Lady Seymour. ¡Oh, amor!

Tú serás mi vengador:

Ana Bolena caera.

ESCOENA V

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Cromwell, yo te buscaba : ¿has visto
(á Juana?

A esa Juana Seymour, á esa hemmosura
En cuya frente pura

Brilla el pudor con todos sus encantos.

Jamás, jamás tan bella,

Conde, me pareció como este día :

Atónita mi vista la seguía ;

No he podido apartar mis ojos de ella :

Un impulso secreto, sobrehumano,

Un mágico poder irresistible

Arrastra á tu potente soberano,

Y Enrique VIII que á la mar domina,

A cuyo cetro el mundo viene estrecho,

Cediendo al fuego que le abrasa el pecho,

A una débil mujer la frente inclina.

Cromwell, ella será tu soberana.

Cromwell.—¿Y Ana Bolena?

Enr.— ¡Calla! ¡Ana Bolena!

La tempestad sobre su frente truena:

Ella es culpable, Cromwell : esa Ana

En quien mi honor depositaba un día,

Es infiel.

Cromwell.— ¿Es infiel?

Enr.— Se ha roto el velo.

Que mis ojos cubría, y aclarando

Se van ya mis sospechas : ya la corte

Su liviandad murmura.

Cromwell.— ¿Y el objeto

De su culpable amor, ¿quién es?

Enr.— Son muchos

Los que se nombran : Brétreton, Sméton,

Su mismo hermano, ¡oh, conde! lo creé-

Yo lo descubriré, y entonces ¡tiemble,

Tiemble el objeto de las iras mías!

Cromwell.— Rochford, su mismo herma-

no, ¿y es creíble?

Enr.— No has observado tú, no has descu-

alguna cosa que aclarar consiga

Del todo la verdad?

Crom.— Mi soberano,

Os debo lo que soy : el labio mío

Nunca os hará traición. Ana Bolena,

Yo la amo y compadezco su destino ;

Pero ahora mismo

Enr.— Acaba pronto, y dejá

De piedad esa máscara engañosa;
Yo te conozco, Cromweell. Habla al punto,
Y háblame con franqueza.

Cromwell.— En este instante,
De la música huyendo y del bullicio,
En esta sala Sméton se encontraba
A un retrato de lágrimas cubriendo.
Era el de vuestra esposa...

Enr.— ;Cómo!
Cromwell.— El mismo:

Pude verlo muy bien sin ser notado;
Si V. M. pretende ahora
Comprobar la verdad de mis palabras,
Haga llamar á Sméton: de su cuello
Una cadena pende de oro puro:

En su extremo hallaréis ese retrato.
Yo me indigno, señor, al acordarme;
Lo ví, y callé, que sólo á vos os toca,
Tamaño injuria castigar: llamadlo,
Llamad á ese traidor: vuestra justicia
En su cómplice y él, sin piedad caiga

Enr.—Basta, Cromwell, no pido tus conse-
(jos;

Sé lo que debo hacer.

Cromwell.— ;Oh, cuán distinta

Es de la reina, la inocente Juana!

Sin artificio, sin doblez alguno

Su puro corazón en sus miradas

Se está leyendo.

Enr.— Si, su dulce nombre

Me hace olvidar á todo el universo.

Caiga la que mi honor ha mancillado,

Y Juana suba de Inglaterra al solio.
Escucha, conde, ya hace muchos días
Que me ocupa una idea. Enrique Percy,
El conde de Northumberland, amaba
A Ana Bolena, y pienso que contrajo
Esponsales con ella, antes que al trono
Fuese llamada: si esto fuese cierto
Mi matrimonio es nulo.

Cromwell.— Si.

Enr.— Y entonces

Puedo unirme con otra. El conde se halla

En sus estados, lejos de la corte.

Haz que le llamen, Cromwell.

Cromwell.—Voy al punto.

ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.—De Northumberland el conde,

De llegar, señor, acaba,

Y hablaros desea.

Enr.— ;El conde?

;Qué casualidad tan rara

Le conduce en tal momento?

Que pase al punto (Vase el paje.)

;Qué causa

Le puede traer? Ha tiempo

Que de la corte se aparta.

Cromwell.—V. M. al punto

Lo sabrá: ya se adelanta.

ESCENA VII

Dichos, ENRIQUE PERCY.

Enr.—Noble conde, llegad: ¿á qué debe-

(mos)

El placer de miraros este día?

Percy.—Señor, ved la tristeza en mi sem-

(blante,

Mirad en él la fúnebre noticia

De que soy mensajero: la princesa

Vuestra primera esposa, Catarina,

La augusta desterrada, ha muerto.

Enr.—¡Ha muerto!

Percy.— Terminó su carrera de

(desdichas.

Yo he presenciado su postrer instante

Y yo os traigo, señor, su despelida.

Siempre noble y magnánima, ni un punto

Desmintió su virtud: era la misma

En su lecho de muerte, que en el trono

En que Inglaterra la admiró algún día.

Enr.—¡Buena mujer! Por su piedad in-

(mensa)

El Eterno en su seno la recibía.

Percy.—No hay duda: ya su espíritu celeste

En las regiones de la luz habita:

Mucha fué su virtud: amargo llanto

Inundó largo tiempo su mejillas:

Privada de su rango, desterrada

Del trono augusto de que fué tan digna;

Privada, en fin, de todo lo que amaba,

Y á vivir entre angustias reducida,

Jamás su labio articuló una queja,

Y al cielo, generosa, le pedía

Que sobre su hija y sobre vos vertiese

Con franca mano inacabables dichas:

Tal vuestra esposa fué: ya, al acercarse

El término temprano de su vida,

Se dignó suplicarme que viniese

Para recomendaros á su hija,

He cumplido, señor, sus voluntades:

Extended vuestra mano compasiva

A esa niña inocente, protegedla;

Recordad que sois padre de María.

Aquí queda mi encargo terminado:

Permitidme volver.

Enr.—

Será cumplida

La voluntad de Catarina, conde;

Mas retardad aún vuestra partida.

Cuestiones de importancia quiero haceros:

Vedme en palacio el venidero día.

Percy.—Vendré á veros, señor.

Enr.— El cielo os guarde.

Percy.—El proteger se digné vuestra vida.

(Vase.)

ESCENA VIII

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Haz, Cromwell, que cese ya
Ese baile, esos acentos:
De la pobre Catarina
La memoria respetemos.
Mañana, condé, mañana
Será un día muy funesto
Para muchos: mi justicia
Alzará un brazo de hierro;
No habrá piedad; ¡desgraciados
Los que aparecieren reos!
Cromwell.—La reina llega.
Enr.— Su vista
Me sirve ya de tormento.

ESCENA IX

Dichos, ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR,
ISABEL, DAMAS, GORTESANOS, SMETON,

Ana.—Señor, ¿vos tan retirado?
¿Vos tan triste?
Enr.—(Con sequedad.)
Sí, no tengo
Motivos para alegrarme.
¿Sabéis, señora, que ha muerto

Vuestra reina?
Ana.— ¿Quién?
Enr.— La heroica
Catarina, la que un tiempo
De Inglaterra sobre el trono
Fué de virtudes modelo.
Ana.—Si la princesa de Gales
No existe ya, sabe el cielo
Que siento su muerte.
Enr.— Sí,
Sin dificultad lo creo,
¡Porque sois tan compasiva!
No hace en verdad mucho tiempo
Que aquí mismo en esta sala
He visto una prueba de ello.
¿No me entendéis hoy? Mañana
Que me comprendáis espero.
Ana.—¿Mañana? señor, mañana
Está dispuesto un torneo
En Greenwich.
Enr.— ¡Cómo, señora!
¿Se ha convertido mi reino
En teatro de festines,
Músicas, bailes y juegos?
Diferidlo.
Ana.— No es posible,
Señor; todo está dispuesto.
Norris, Bréretón, mil otros
Están ya en Greenwich, y espero
Que consentiréis.
Cromwell.— (Aparte.)
¿Qué importan

Unas horas más ó menos?
De Greenwich hasta la Torre
De Londres, no está muy lejos.
Enr.—Dices bien. Sea, señora,
Como vos queráis. Tendremos
Mas tiempo de hacerlo todo
Con calma. Guárdeos el cielo.
(Váse.)

ESCENA X

Dichos, menos ENRIQUE VIII.

Ana.—Despejad: Cromwell, oid.
(Vanse todos, menos Cromwell.)
¿Por qué causa el rey se muestra
Tan severo? ¿lo sabéis?
Cromwell.—¿Qué queréis que os diga, oh
(reina?)

¡Es tan sombrío el carácter
De Enrique VIII!... Una nueva
Pasión tal vez... ¡qué sé yo!
Recordad que Ana Bolena,
Dama era de Catarina,
Y hoy en su trono se sienta:
Vos tenéis hermosas damas;
Lady Seymour es muy bella:
No puedo explicarme más;
Entended, si sois discreta:
Guárdeos Dios.
(Váse.)

ESCENA XI

ANA BOLENA

¡Cielos! ¡qué oí!
Era cierto mi temor:
¿El rey tiene un nuevo amor?
¡Desventurada de mí!
¿O ese ministro feroz,
Ese Cromwell infernal,
Lo supone por mi mal?
Es una venganza atroz;
No puede ser, no será;
El rey me ama todavía,
Calma el temor, alma mía,
Mi hermosura triunfará.
¿Pero esa Juana, esa Juana
Es por acaso tan bella,
Que el rey me deje por ella?
Puede ser, ¡duda inhumana!
Despreció Enrique por mí
A su esposa Catarina;
Quizá el cielo me destina
Una suerte igual, ¡ay! sí.
De esta princesa la muerte
Es una lección terrible.
Fuí á su dolor insensible...
Yo tendré la misma suerte:
Ana olvidada será;
Pero no; ¡qué desvarío!

Levántate, orgullo mio;
 Mi hermosura triunfará:
 Y pronto al moparca inglés,
 Por mi beldad arrastrado,
 Le veré al fin humillado
 "Pedir perdón á mis piés."



ACTO SEGUNDO.

EL SUEÑO.

Soberbio gabinete de Ana Bolena, adorna-
 do con magnificencia: á la derecha del
 foro un forte-piano; á la izquierda una
 mesa pequeña y un sillón forrado de ter-
 ciopelo; encima de la mesa estará la co-
 rona de la reina, y á los pies del sillón
 un gran cojin de terciopelo; en el cen-
 tro del gabinete, una puerta con gran
 colgadura, que se supone conduce á las
 demás piezas de palacio. En el costado
 izquierdo, otra puerta también con colga-
 dura.

ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

Roch.—Horrible tempestad nos amenaza,
 Hermana mía: ese fatal ministro,
 Ese Cromwell cruel, se ha conjurado
 Contra nosotros.
 Ana.— Si, su orgullo herido
 Por mi desprecio, la venganza anhela: